

IGNACIO, UN VIEJO SABIO CON SABIDURIA ETERNA

Paul Coutinho, S.J.

Editor: "IGNIS"

*Espiritualidad Ignaciana Asia Meridional
Gujarat, India*

En todos los tiempos, en todas las generaciones, ha habido individuos con profundas intuiciones sobre los interrogantes existenciales de la vida. O atesoraban esta sabiduría en un grupo de personas con una visión similar a la suya, o pasaban esta sabiduría a alguien, tras haberle debidamente preparado. Este nuevo conocimiento ayudaría a la persona a comprender su vida, viviéndola de una forma nueva o de lo contrario la destruiría. Esta realidad se ve reflejada en el tercer capítulo del Génesis: la caída de Adán y Eva. Tras haber comido del fruto prohibido del árbol del conocimiento, Adán y Eva comprendieron más que antes y adquirieron una conciencia nueva. Se convirtieron en una amenaza para los dioses y fueron echados del Paraíso por el dios a quien amaban. En cualquier generación, la persona que tiene un conocimiento nuevo y más conciencia de lo que pasa, es rechazada, castigada y atormentada por aquellos de los que más se ocupa. Jesús vino con la Buena Nueva y aquellos que representaban la religión y a los que más quería le mataron. Jesús vino a aportar algo nuevo, a saber, que los recaudadores de impuestos, las prostitutas y los pecadores pertenecen al Reino de Dios. Dio a todos, y especialmente a los pecadores la conciencia de nuestra identidad divina y espiritual. La idea que Jesús tenía del Reino de Dios molestaba al orden religioso y social de su tiempo. Cuestionaba la autoridad de los que detentaban el poder. Era mejor que un hombre muriera para poder mantener a la jerarquía.

El comentario del Talmud judío sobre la Caída interpela. Según el Talmud el Árbol de la Vida en el Paraíso tiene su centro en el Árbol del Conocimiento y crece desde este centro. El objetivo de cada individuo es alcanzar ese Árbol de la Vida. Y la única forma para conseguirlo es comer, una y otra vez, del fruto prohibido del conocimiento. Pero cada vez que una persona conoce algo nuevo y cobra una mayor conciencia, esa persona está abierta a sufrir el mismo destino que sufrieron Adán y Eva o a ser crucificada como Jesús.

Desde siempre los que han pasado por una búsqueda espiritual a menudo chocan con los principios y valores de la religión formal. Los dioses que la religión les ofrece no siempre resuelven los grandes enigmas de la vida. A menudo, la religión formal no lee fácilmente los signos de los tiempos y habla el lenguaje de ayer a la gente de mañana.

En tiempos antiguos los buscadores de la verdad se unían a una comunidad de sabios que atesoraban una secreta sabiduría. Estos buscadores eran sinceros seguidores de su religión pero se quedaban insatisfechos o querían más. Tras haber explorado el pozo de su religión formal encontraban la fuente de aquel pozo, a saber, el océano del amor y de la vida divina. Necesitaban guía y ayuda para ir más allá del pozo. Creían que la comunidad de sacerdotes les daría esa sabiduría.

De novicios, cada uno de ellos tenía un tiempo prolongado de preparación y de prueba. Cuando los sabios consideraban que había llegado el momento oportuno, al individuo se le llevaba, paso a paso, fuera de la vida terrena transportándolo a un mundo escondido, al reino místico. Paso a paso, todos los sentidos llegan a estar controlados por el espíritu y el novicio empieza a experimentar la sabiduría secreta de los antiguos sabios y empieza a vivir, cada vez más, como un ser espiritual.

Por este camino de transformación, cada persona se encuentra en un constante ciclo de muerte y de nueva vida. A veces se alcanza una fase en la que el buscador muere a su viejo yo, pero no emerge el nuevo yo. ¡Todo en la vida parece ser muerte! Esto podría ser el final del camino, pero para algunos si perseveran a través de esta muerte, acontece una transformación y nace un nueva forma de vida. La vida humana pasa por muchas muertes antes de que la persona experimente la vida en toda su plenitud. Desde el comienzo de la vida humana, hay muerte y nueva vida: el embrión muere para engendrar a una criatura; la criatura muere para engendrar a un niño y luego a un joven, a un adulto, al anciano... Heráclito

creía que “es imposible pasar dos veces por el mismo río”. “Todo es un fluir”. Por consiguiente, en la existencia humana el devenir no termina nunca siendo. Solamente el espíritu es. El captar simplemente las cosas del mundo que nos rodea nos lleva sólo a una negación de Dios. Solamente como seres espirituales podemos vivir la plenitud de vida.

Lo Divino está latiendo en el mundo y cobra vida en los seres humanos que son capaces de experimentar la vida divina en sí. Esta habilidad brota de la conciencia de lo Divino como poder creativo escondido en el individuo, y todavía no liberado en la existencia. A través de este poder creador de lo Divino en ellos, los seres humanos crean sus propios dioses. El objetivo consiste en controlar este poder de fabricar dioses y vivir la plenitud de su propia identidad divina y espiritual. Según el comienzo del Libro del Génesis, la verdadera identidad humana es creada a imagen y semejanza de Dios y cada ser humano es el soplo divino de Dios.

Este nuevo conocimiento y forma de vivir era peligroso. Destruiría a cualquiera que no estuviera preparado y no tuviera lo necesario para pasar la prueba. Y aquel que compartía de forma irresponsable este conocimiento era severamente castigado. Jesús dijo que más les valía a estas personas atarse una piedra al cuello y ahogarse. Estas personas espirituales se refugiaron en comunidades secretas para crecer en el conocimiento y toma de conciencia y para protegerse de los no iluminados.

Ignacio es uno de los Grandes Videntes (*Rishis*) en alcanzar la iluminación (*Satori* en el Budismo Zen) a orillas del río Cardoner. Fue allí donde “se le empezaron a abrir los ojos del entendimiento; y no que viese alguna visión, sino entendiendo y esto con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas” (Aut. 30). Desde ese momento Ignacio estuvo convencido de que “si no hubiese Escritura que nos enseñasen estas cosas de la fe, él se determinaría a morir por ellas, solamente por lo que ha visto” (Aut. 29). Ignacio encontró su propia religión secreta que le ayudó a escalar alturas místicas y que también le llevó a conflictos constantes con la gente en el poder y con las instituciones de su tiempo.

Convaleciente en Loyola, Ignacio reflexionó sobre sus experiencias al leer las vidas de los santos y la Vida de Cristo y decidió que seguiría a Cristo imitando a los santos y que iría a Jerusalén para vivir y morir allí. E Ignacio siguió reflexionando sobre esta experiencia aún cuando el provincial franciscano, que era el guardián de Tierra Santa, le ordenó que se fuera. Ignacio planificó compartir esta secreta religión con aquellos que él prepararía con esmero y examinaría para ver si serían capaces de afrontar

esta nueva forma de vivir: “Algunas cosas que observaba en su alma y las encontraba útiles, le parecía que también podrían ser útiles a otros, y así las ponía por escrito” (Aut. 99). Decidió compartir sus experiencias y espiritualidad viajando y dando los Ejercicios Espirituales, pero cuando se encontró en las manos de la Inquisición una y otra vez, decidió estudiar en París, reunió a compañeros para, con este grupo, ir una vez más a Jerusalén. Ignacio, pues, tuvo un seguimiento selecto desde el comienzo, lo que le siguió creando dificultades con la Inquisición no iluminada. Afortunadamente, muchos de sus seguidores tenían muy buenas relaciones con los grandes y poderosos de su tiempo y esto permitió que Ignacio viviera. Cuando no le fue posible ir a Jerusalén según su plan, Ignacio se ofreció y ofreció el grupo al Papa y por último, después de hacer discernimiento con este grupo de hombres, fundó la Compañía de Jesús.

Las gracias que Ignacio recibió las pasó a sus seguidores y los formó para que pasaran estas gracias a los que acudían a ellos pidiendo ayuda espiritual. Su herramienta principal fueron los Ejercicios Espirituales. Ignacio ordenó que nadie podía dar estos Ejercicios si éstos no se habían convertido en su propia experiencia personal. Y además, que nadie podía dar estos Ejercicios si sus candidatos no estaban bien preparados. Ignacio estaba convencido de que una vez completada la preparación el que da los ejercicios debería dejar campo libre ya que “...más conveniente y mucho mejor es, buscando la divina voluntad, que el mismo Criador y Señor se comunique a la su anima devota” (EE 15). El papel que da a los Ejercicios es el de ayudar al ejercitante a ponerse en presencia de la Divinidad y luego desaparecer. Señala al Cordero de Dios, como Juan el Bautista. Es el que arregla el encuentro, pero no va con los novios en luna de miel. La religión secreta estaba ahora personalizada y la senda era siempre nueva y a menudo desconocida. El objetivo era el mismo para todos, a saber, hundirse más y más en el océano del amor de Dios y vivir la vida divina y espiritual.

La experiencia personal fue de enorme importancia para Ignacio. Su experiencia de lo Divino llegó a ser su absoluto en la vida y todo lo demás fue relativo a esta experiencia. A veces hasta la doctrina de la Iglesia fue sometida a su experiencia espiritual. Cuando estaba escribiendo las Constituciones sus primeros compañeros le cuestionaron a veces sobre algunas de las cosas que eran contrarias a la doctrina fundamental de la Iglesia sobre la Vida Religiosa. Ignacio respondía: “Lo vi en Manresa” y solucionaba el caso. Los compañeros habían vivido lo bastante con Ignacio como para saber que cuando citaba Manresa no se movería de su posición.

La razón era que Ignacio creía que Dios mismo le enseñaba directamente, que le “le trataba de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño. . . antes si dudase en esto, pensaría ofender a su divina majestad” (Aut. 27).

Un seguidor de Ignacio vive según los principios y las experiencias de los Ejercicios Espirituales; por consiguiente, al escribir las Constituciones, Ignacio da a los jesuitas un único criterio: “. . . la suma Sapiencia y Bondad de Dios nuestro Criador y Señor es la que ha de conservar y regir y llevar adelante en su santo servicio esta mínima Compañía de Jesús, como se dignó comenzarla, y de nuestra parte, más que ninguna exterior constitución, la interior ley de la caridad y amor que el Espíritu Santo escribe e imprime en los corazones ha de ayudar para ello. . .”(Const. 134).

La interior ley de la caridad y amor excederá siempre cualquier ley exterior. La Suma Sapiencia y Bondad de Dios llevará, a veces, a una persona más allá de los límites sagrados y abrirá nuevos horizontes. Guiado por el Espíritu, será una crítica constante y un reto para la Iglesia y la sociedad.

Ignacio no tiene dificultad en hacer de su experiencia personal el criterio para todo su actuar porque el resultado de este directo contacto con Dios es que “. . . viene la anima a inflamarse en amor de su Criador y Señor; y conseqüenter, cuando ninguna cosa criada sobre la haz de la tierra puede amar en sí, sino en el Criador de todas ellas” (EE 316). Esto es muy oriental, porque en Oriente la gente se acerca a lo Divino como individuo y no a través de la comunidad. Pero la prueba del encuentro con lo Divino se ve en la transmisión de esta experiencia en la comunidad. No sorprende el que no encontremos un momento social en los Ejercicios Espirituales y que el ejercitante tenga una experiencia individual de lo Divino. En segundo lugar, las gracias más místicas de Dios están siempre a disposición del individuo porque, como Pablo, Ignacio también cree que si nos consideramos hijos de Dios, somos sus herederos y por tanto las gracias de Dios son un privilegio, pero no un derecho (Rom. 8, 17).

Siguiendo este principio sobrenatural, Ignacio puede colocarse entre los sabios de los tiempos antiguos que nos dan verdades eternas. El profeta Jeremías nos ha dicho que Dios no pudo confiar a su pueblo las leyes externas y una alianza externa. Por consiguiente les dio una experiencia personal a través de la cual no iban a poder dudar de quiénes eran y de lo que Dios esperaba de ellos. Encontrarían voluntad e inspiración en sus propios corazones para vivir la alianza interior: “Así será la alianza que haré con Israel en aquel tiempo futuro, oráculo del Señor. Meteré mi Ley en su

pecho, la escribiré en su corazón, yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo; ya no tendrán que enseñarse unos a otros, mutuamente, diciendo: “Tienes que conocer al Señor”, porque todos, grandes y pequeños, me conocerán, oráculo del Señor.” (Jr. 31, 33-34).

Estas palabras de Jeremías parecen ser el fundamento de la forma de vivir de Ignacio y se reflejan en muchas grandes tradiciones religiosas del mundo. La tradición budista enuncia muy bellamente el principio ignaciano: “Así, Ananda, tú debes ser lámpara para ti. Confía en ti, y no confíes en ayudas externas. Agárrate a la verdad como a una lámpara y a un refugio, y no busques amparo en nada excepto en ti. Un hermano se convierte en su propia lámpara y refugio cuando observa continuamente su cuerpo, sentimientos, percepciones, sensaciones, ideas” (Digha Nikaya ii. 99-100. Mahaparinibbana Suttanta). Estas últimas palabras de Buda se expresan siempre con la famosa frase: “Si ves a Buda, mátales.”

Con la ayuda de la sapiencia de Ignacio, miramos dentro de nosotros y por medio del amor que discierne descubrimos quiénes somos realmente y lo que se espera de nosotros en cualquier momento de nuestra vida.

Hacer de la Espiritualidad Ignaciana una Forma de Vida: un Enfoque Oriental

La espiritualidad que Ignacio vivió y desarrolló se ha convertido en una metodología espiritual y es algo más que un método: es una forma de vida. Ignacio ha desarrollado varios métodos de práctica espiritual gracias a la experiencia de su propia vida y reporta todo esto en su Autobiografía y en su colección de Ejercicios Espirituales. Uno de los principales métodos de espiritualidad ignaciana es estar abiertos a la experiencia, reflexionar sobre esa experiencia y tener el valor de renovar la propia vida a la luz del significado de nuestra experiencia, que hemos discernido. Desde una perspectiva oriental, ‘experiencia’ puede describirse por el término sánscrito ‘ANUBHAVA’ que significa ‘hacia la totalidad’ o ‘hacia la plenitud.’ Una ‘experiencia’ es aquello que apunta a hacer de mí un ser humano total o mejor o que apunta hacia la plenitud de la vida, encontrando mi identidad en lo Divino. En la tradición oriental la experiencia es todo aquello que es vida.

En la tradición india, 'experiencia' es el *SAT CIT ANAND*. *Sat* significa verdad y el camino para experimentar este Ser Divino y Esencia Divina es a través del *Cit*, es, decir, conciencia pura. Esta conciencia transforma la propia vida en *Anand*, dicha completa.

El significado literal de *SAT* es 'verdad.' Así entendida, la experiencia se convierte en conocimiento y el verdadero conocimiento puede obtenerse sólo a través de la experiencia. El conocimiento no es algo que uno colecciona para obtener buenas puntuaciones. El conocimiento no es conocer las cosas. El conocimiento es una experiencia del corazón que cambia la vida. Solamente cuando uno tiene esta experiencia transformadora se tiene conocimiento en el sentido oriental del término. Mahatma Gandhi acuñó el término *SATYAGRAHA* basado en lo que él entendió por *SAT CIT ANAND*. *SATYAGRAHA* se define, por lo general, como no violencia, o un enfoque no violento hacia la vida. *SAT* es verdad, pero para el Mahatma Gandhi *SAT* no es solamente la verdad. *SAT* va más allá de la verdad. *SAT* es **ser** y **esencia**. *SATYAGRAHA* es la invitación a la unión y comunión con la esencia divina. En la tradición oriental, y en la tradición ignaciana, la experiencia es *una experiencia de unión y comunión con el ser y la esencia de lo Divino*.

Ignacio nos quiere abiertos a la experiencia y nos dice que si cuando vamos a la oración, ésta no se transmite mediante la experiencia, hemos perdido el tiempo. Cuando se va a hacer apostolado y no se vuelve con una experiencia, entonces es una pérdida de tiempo. Si uno va a un seminario o a una conferencia y no se tiene una experiencia, entonces, en un cierto sentido, tú y yo hemos perdido nuestro tiempo. Para Ignacio, la experiencia, o *ANUBHAVA*, es el objetivo de nuestras vidas y encontrarse en el ser y esencia de lo Divino es el objetivo de la espiritualidad ignaciana. Si estamos siguiendo el camino de Ignacio, nos descubriremos siendo místicos. Ignacio no cree que los místicos son un grupo especial, o que las gracias místicas son gracias especiales concedidas sólo a unos pocos. Ignacio cree que la vida mística es la culminación lógica de la vida espiritual. Esta creencia se basaba en su propia experiencia y en la de sus compañeros.

Como es natural, no cualquier experiencia mística es dadora de vida, ni viene necesariamente de Dios; por lo tanto no cualquiera experiencia nos lleva hacia *Anubhava*, a hacernos conscientes de lo que ya somos: la imagen de Dios, el soplo de Dios. *Anubhava* es encontrar mi identidad personal y el sentido de toda la creación en lo Divino. De hecho, cuanto

más santa puede parecer la experiencia, tanto mayor es el peligro de que no sea *Anubhava*. Esto explica lo que Ignacio dice: que después de haber tenido la experiencia, tenemos que tener también la habilidad de reflexionar sobre la experiencia y hacer una revisión de nuestra oración.

En los escritos sobre la Revisión de la Oración, muchas traducciones leerán que tras una hora de oración, y durante un cuarto de hora, sentado, de pie o andando reflexionaré sobre lo que he hecho o cómo logré rezar. Pero en el texto original, Ignacio usa la frase *como me ha ido*. Dicho con otras palabras, reflexionaré sobre lo que ha ocurrido, sobre lo que Dios ha estado haciendo en mi oración y no sobre lo que Yo he estado haciendo. En esto y en otros puntos de los escritos de Ignacio vemos que, cuando vamos a rezar, Ignacio no quiere que hallemos a Dios sino que cuando rezamos dejemos que Dios nos halle. Y este enfoque de

*la finalidad de la oración
y del ministerio ignaciano
no es encontrar a Dios, sino
dejar que Dios nos encuentre*

la oración y de la vida espiritual es también muy oriental. En la quinta anotación Ignacio querrá que entremos en el retiro y en nuestra vida espiritual con un espíritu animado, haciendo una ofrenda conciente de nosotros mismos para que la Divina Majestad use de nosotros a su antojo. La finalidad de la oración y del ministerio ignaciano no es encontrar a Dios sino dejar que Dios nos encuentre. Y así la reflexión es sobre la acción de Dios, no sobre la mía. La reflexión es sobre cómo experimenté lo Divino. ¡Dejemos que Dios nos encuentre y se sirva de nosotros!

El Examen de Conciencia sigue la misma dinámica. No se trata de mí. Se trata de la presencia de Dios en mi vida. En efecto, el Examen de Conciencia no es sino la Contemplación para Alcanzar Amor de los Ejercicios Espirituales (EE 230-237) dos veces al día hasta que se convierta en un estilo de vida. Uno empieza a experimentar cómo todo en la vida es don divino y a Dios que mora en todo. El Dios ignaciano labora para perfeccionar el templo a imagen y semejanza divina. Así que la revisión de la oración - El Examen de Conciencia y hasta la Confesión - no es sobre lo que yo he hecho sino sobre *ANUBHAVA*.

Me he preguntado a menudo si el Encontrar a Dios en Todas las Cosas es ignaciano. ¿Qué diferencia hay entre encontrar a Dios y dejar que Dios nos encuentre en todas las cosas? Si estoy tratando de encontrar a

Dios, encontraré lo que busco; por ejemplo si estoy preparando un examen encontraré a un Dios que es brillante y cuando el examen se termine daré muchas gracias a Dios y olvidaré a Dios hasta el próximo examen. Haré lo mismo si estoy enfermo o si tengo problemas económicos o problemas normales, de tipo humano. Buscaré a un Dios que sabe algo sobre medicamentos o bancos o a un buen psicólogo y cuando haya recibido la ayuda que necesito daré una vez más muchas gracias a este Dios y olvidaré a Dios hasta la vez siguiente que tenga un problema. Pero si dejo que Dios me encuentre no tengo control sobre cuándo aparecerá Dios ni sobre qué tipo de Dios me voy a encontrar. Hay una historia muy divertida de un hombre a punto de ahogarse y que llamó a todos los dioses para que le ayudasen. Por fin se le apareció dios y este dios estaba danzando mientras el pobre hombre se ahogaba. El hombre se quejó a dios diciendo: “Pero, ¿cómo puedes danzar mientras me estoy ahogando?” Y el dios contestó: “Cada año mientras yo me ahogaba tu danzabas, ¿verdad que sí?” En la India, todos los festivales se terminan llevando una u otra imagen de Dios, con gran pompa y solemnidad, en medio de danzas y celebraciones, hacia el mar o hacia un río y allí se sumerge la imagen.

Cuando dejamos que Dios nos encuentre, a veces, experimentamos que Dios está danzando mientras nosotros nos ahogamos. El Dios ignaciano cree que tenemos el potencial para nadar, así que Ignacio quiere que actuemos como si Dios no existiera y que confiemos como si nosotros no existiésemos. Esto sintoniza con la creencia budista según la cual si no se resiste al dolor, este nos purifica y nos ilumina siempre; pero, si se resiste, el dolor se convierte en sufrimiento. Es a través de los dolores de la vida como vamos a tener *ANUBHAVA*, la experiencia de la plenitud de vida.

Una vez que he reflexionado sobre una experiencia, tengo que tener el valor de renovar mi vida desde mi reflexión sobre esa experiencia. Vemos que esto ocurre en diversos momentos en la vida de Ignacio. Cuando Ignacio estaba en Manresa, rezaba siete horas al día, leía libros de espiritualidad, tenía conversaciones espirituales. Una noche, antes de ir a la cama, tuvo pensamientos e intuiciones místicas de los misterios de Dios: esto le ocurrió muchas noches seguidas y durante mucho tiempo. Después de esas noches de experiencias místicas, Ignacio se despertó y dijo: “Esto no viene de Dios”. ¿Por qué tendría que haber dicho esto? Eran pensamientos e intuiciones místicas de los misterios de la vida y sin embargo Ignacio dijo que no venían de Dios. Esos pensamientos interferían en su oración y en su vida, así que los ignoró y se fue a dormir.

De sus experiencias positivas, así como de su experiencia a orillas del río Cardoner, Ignacio discernió que las experiencias y las intuiciones venían de Dios y renovó su vida según esas intuiciones. Su inspiración lo llevó a formar la Compañía de Jesús y en el transcurso de su vida, siguió abriéndose a experiencias cada vez más profundas y ricas de su relación con lo Divino.

Métodos de Espiritualidad Ignaciana: Mirar y Contemplar

Sabemos que la mística ignaciana de servicio no es más que la profundización de nuestra unión y comunión con lo Divino. Se trata no tanto en hacer cosas *para* Dios, como de *ser en* Dios. El mirar o ver ignacianos es un método espiritual y un ejercicio de contemplación en el que nos abrimos a lo que contemplamos y dejamos que lo que contemplamos inunde nuestros corazones, llenándonos y transformándonos en el misterio que contemplamos. Ignacio pasó horas y horas de su vida mirando el cielo y las estrellas y a través de esta contemplación se sintió movido a servir a la Divina Majestad. “Y la mayor consolación que recibía era mirar el cielo y las estrellas, lo cual hacía muchas veces y por mucho espacio, porque con aquello sentía en sí un muy grande esfuerzo para servir a nuestro Señor” (Aut. 11).

Convaleciente en su casa solariega de Loyola, al mirar el cielo y las estrellas, se sintió movido a imitar los santos y a vivir *para* Dios. Si Francisco hizo algo Ignacio quiso hacer más, y quiso superar a Domingo y a todos los santos. Imitó a San Onofre quien se dejó crecer el pelo y las uñas y descuidó su cuerpo. Durante este tiempo Ignacio imitó a los santos, pero sin integrar sus valores, casi apropiándose de ellos y dando su propia expresión de amor y deseo por Dios. Esta mera imitación no le condujo a nada, excepto a una profunda frustración y desesperación hasta el punto de pensar casi en el suicidio.

Cuando por fin Ignacio renunció a la mera imitación y trató de alcanzar a Dios por sus propios esfuerzos, Dios se le hizo presente. Ignacio seguía mirando el cielo, contemplaba los misterios de Dios y se sentía atraído a estar *con* Dios. Alrededor de esa misma época, Ignacio recibió una intuición de la Trinidad; parece de hecho que tuvo una experiencia audiovisual en su encuentro con la Trinidad como tres teclas musicales que tocan como una única cuerda. Descubrió que decía cuatro oraciones a la

Trinidad, pero en ese momento no se turbó por ello. La cuarta oración fue un primer atisbo de una visión y experiencia más profundas de lo Divino.

Su contemplación del cielo llevó a Ignacio a darse cuenta de que todo en la naturaleza viene de lo Divino, vuelve a lo Divino y está en lo Divino. Además, Ignacio entendió que cada persona de la Trinidad está presente y es activa en la divinidad de la naturaleza. Cuando el Padre creó el mundo se vació a sí mismo en cada parte de la creación. El Hijo salvó el mundo mediante un proceso de *kenosis*; el ser Hijo no significó que la igualdad con Dios era algo que asir, más bien significó desprenderse de todo lo divino y devenir humano para que todo lo humano se volviera divino. El Espíritu Santo santificó el mundo derramando sobre él la energía divina. Así que se nos invita a vaciarnos de nuestro egoísmo, del amor e interés por nosotros mismos, de nuestra voluntad y a devenir uno con la entrega de la Trinidad hasta fundirnos con lo Divino. La respuesta que Ignacio tiene a esta experiencia de la naturaleza es de reverencia. La reverencia de Ignacio es *acatamiento* es decir vaciarse de sí para ser llenado por lo Divino. Cuando nos vaciamos a nosotros mismos ante la naturaleza, a través de la reverencia, invitamos lo divino en la naturaleza a devenir parte de nosotros. Tenemos la misma experiencia cuando nos acercamos a otros seres humanos con reverencia.

En pos de su *acatamiento*, Ignacio tiene una experiencia mística de la Eucaristía. Para él, Jesús no está sólo presente en la Eucaristía, sino que el Ser y la Esencia misma de lo Divino. Ignacio creía que la Eucaristía es el camino más seguro y directo de unión y comunión con la Divina Esencia. De hecho, la única oración que Ignacio parece haber hecho estando en Roma fue la preparación para la Eucaristía, la celebración del sacramento, cuya experiencia invade el resto del día.

Más tarde Ignacio tuvo una intuición de Jesús y María. En su autobiografía encontramos que para Ignacio la humanidad de Jesús y María no eran hombre y mujer, sino personas que son parte de la esencia divina. En Jesús Ignacio ve la carne de María y en la humanidad de Jesús Ignacio experimenta todo el Ser de la Esencia Divina.

Todas esas experiencias culminan en la Gran Iluminación de Ignacio, en su *Satori* a orillas del río Cardoner, donde se abren los ojos de su entendimiento. Empieza a adquirir una intuición más profunda tanto de las cosas espirituales como de las mundanas. El estar *con* lo Divino alcanza su climax en La Storta donde Ignacio es puesto con el Hijo. Durante una de las muchas veces que contempla el cielo, Ignacio tuvo esa tremenda visión

de Dios Padre hablando con el Hijo diciéndole: “Quiero que tomes a este hombre por tu compañero.” Jesús vuelve a Ignacio y dice: “Quiero que tú Nos sirvas”. Es aquí donde Ignacio toma conciencia de Cristo. Es aquí donde se configura con Cristo. Es aquí donde Ignacio empieza a devenir como Cristo así que con Pablo pudo decir también: “No soy yo quien vive, es Dios quien vive en mí.” Quienes seguimos el camino ignaciano encontraremos que se nos conduce a un lugar en que nos hacemos uno con Cristo y nos damos cuenta de que el servicio ignaciano es un hacer que fluya de nuestra experiencia de estar con lo Divino.

En la medida en que Ignacio siguió mirando el cielo se sintió invitado a vivir *en* lo Divino. Mientras estaba en Roma, como Superior General, Ignacio siguió su práctica de mirar el cielo y se encontró a si mismo en la Trinidad y luego *en* el Ser mismo y en la Esencia de lo Divino. Nos da un atisbo de esta experiencia en su diario espiritual.

En sus escritos, Ignacio se sirve de la creación para expresar sus profundas intuiciones espirituales. Habla de la Eucaristía como rayos que emanan de la hostia y de Jesús como de una esfera ligeramente más grande que el sol. Describirá del mismo modo el Ser y la Esencia de lo Divino: una esfera luminosa. Nos dirá que el sol y la luna y todas las criaturas de la faz de la tierra están allí por nosotros, a pesar de que siendo pecadores nos merecemos el castigo. Para definir la meta de los Ejercicios Espirituales como unión y comunión total con lo Divino, usa esta imagen final: “los rayos del sol y el sol, las aguas de la fuente y la fuente.” No hay rayos sin el sol. No hay fuente sin agua y el agua tiene su identidad solamente en ser parte de la fuente. Asimismo, encontramos nuestra identidad siendo parte de lo Divino. En la India, podemos decir también que la danza y el danzante son uno. Cuando el canto y el cantante son uno el cantante ya no canta el canto, sino que el canto sube de lo profundo de su ser de cantante.

cuando el canto y el cantante son uno el cantante ya no canta el canto, sino que el canto sube de lo profundo de su ser de cantante

Los cielos nos ofrecen la energía del universo y esta energía tiene el poder de transformarnos y de transformar nuestro mundo en una realidad divina. Naturalmente esta energía se da a cualquiera que sepa cómo recibirla. Pero nuestra capacidad de recibir esta energía es proporcional a nuestra

disponibilidad y habilidad en compartirla con el resto del mundo. Si *solamente* recibimos o si *solamente* compartimos los dones que el universo ofrece, todo nuestro ser explota y nos destruye. Pero debemos aprender cómo recibir para compartir, y así expandir nuestra capacidad de recibir todo lo que el universo nos ofrece. Ignacio nos dice en su autobiografía que las cosas que encontró útiles, piensa que lo sean también para los demás y por esto las escribe. Formuló, así, los Ejercicios Espirituales como un canal para que todos reciban las mismas gracias que él recibió. Nadal, uno de los compañeros más íntimos de Ignacio, nos dirá que quien sigue el camino de Ignacio tiene el derecho a recibir todas las gracias que él recibió. Uno de los apostolados más importantes y eficientes de Ignacio es la conversación espiritual. Al compartir nuestras experiencias y dones espirituales se nos confirman y luego estos dones se convierten en plataforma para gracias más numerosas y mayores. Nuestra capacidad de recibir los dones del universo aumenta en la medida en que compartimos esos dones con los demás.

Esta energía que fluye del universo nos enseñará a distinguir el 1% de la realidad que es físico y el 99% de la realidad que es espiritual. La única forma de relacionarnos con otras personas es conectar con su 99% espiritual, así que aunque estas personas nos sean arrebatadas seguirán estando presentes de una forma muy real. El alimento es el 1% físico cuando comemos para satisfacer nuestras necesidades corporales, pero cuando nuestro alimento es un sacramento por medio del cual conectamos con la gente, entonces nos adherimos a aquel 99% de fuerza espiritual que nos conecta con aquellos con quienes comemos. La historia de Zaqueo es un ejemplo típico en la Biblia, como lo son también los relatos de la boda de Caná y de la Última Cena. El primero y el último milagro de Jesús tenían que ver con la comida. Cuando conectamos con el 99% de los pájaros del aire y de los lirios del campo entonces experimentamos la seguridad de la divina providencia y protección. Nuestro trabajo de cada día tendrá también el 99% de elemento espiritual que hace de nuestro lugar de trabajo un medio divino.

Ignacio quiere que sus seguidores busquen y experimenten a Dios en todas las cosas y reconoció esta posibilidad mediante el 99% de lo espiritual en nuestras vidas. Por este camino, la primera ayuda que Ignacio nos da es la llamada a tener rectas intenciones, es decir a vivir sencilla y totalmente para Dios. Nuestra meta es gustar a la Divina Bondad sin buscar los frutos de nuestra fatiga. Ignacio nos exhorta a amar a Dios en todas las

criaturas y a todas en El. Así que Ignacio quiere hacer de la consolación un estilo de vida, “con la cual viene la ánima a inflamarse en amor de su Criador y Señor; y conseqüenter, cuando ninguna cosa criada sobre la haz de la tierra puede amar en sí, sino en el Criador de todas ellas” (EE 316).

Así como los Magos y los pastores mantuvieron su interés en el cielo y siguieron la estrella que los guió hasta el Emanuel, que el encanto del cielo despierte en nosotros lo Divino y lo Infinito.

Conversación para la conversión

Esto lleva al segundo método ignaciano, a saber, la conversación para la conversión, para ser confirmados y crecer. Ignacio quiso compartir nuestra experiencia con la gente. Y a través del compartir, se nos confirman nuestras experiencias y crecemos en estas experiencias. Por esto San Ignacio no quiso que hiciésemos nuestros retiros anuales: quiso que cada jesuita *diera* retiros, porque cuando se dan retiros, se comparten las experiencias, y uno queda confirmado en esas experiencias y empieza a crecer en esas experiencias.

En su autobiografía, Ignacio nos dice que cuando tuvo la experiencia de la Trinidad en Manresa, dicha experiencia le intrigó y afectó tanto que no pudo menos que hablar todo el tiempo de la Trinidad. Se sirve de diversos ejemplos y analogías, pero no puede menos que hablar de la Trinidad, tanto que hasta el final de su vida, siempre que pensaba en la Trinidad, esto le llenaba de devoción, es decir le hacía profundizar en su unión y comunión con lo Divino.

¿Qué nos está tratando de decir Ignacio? Si no hemos compartido nuestras experiencias de Dios con alguien de una forma u otra, entonces las perdemos. Pero cuando aprovechamos la oportunidad de compartir nuestras experiencias con alguien, seremos confirmados y crecemos en esas experiencias. Por ejemplo, estas personas que tienen siempre conversaciones estupendas, crecen y son ancianos felices. En definitiva, la vejez es una perfección de lo que hemos practicado a lo largo de toda nuestra vida. Las personas que son críticas se ven confirmadas en ello al devenir cada vez más expertas en la crítica y en criticar. Pero las que tienen conversaciones agradables, maravillosas crecerán en eso. Ignacio nos dice una y otra vez que debemos tener cuidado en nuestra conversación. La conversación debe confirmar la conversión y entonces se convierte en plataforma para gracias cada vez mayores.

La conversación está enraizada en nuestro corazón y en nuestra mente, y nuestros pensamientos son la manifestación de lo que creemos en nuestros corazones. Creo que estos pensamientos son también una forma de energía, así que si tengo un buen pensamiento estoy emanando buena energía en esta sala y si mi pensamiento es negativo, estoy afectando esta sala de manera negativa. Cada uno de nosotros puede recordar una vez en la que, al volver a casa y al abrir la puerta, tuvo la sensación de que algo no iba bien. Y sin embargo nadie nos había dicho nada hasta ese momento, pero luego al encontrarnos con alguien de la familia descubrimos que efectivamente algo *no* iba bien. Por el contrario, otras veces entramos en una casa e inmediatamente nos sentimos felices. Nos encontramos con alguien de la familia y nos dan una buena noticia.

Nuestra conversación, nuestra energía y nuestras vibraciones afectan nuestro entorno, afectan nuestro mundo. Una de las cosas que me gusta decir en relación con el 11 de Septiembre y con todo lo que está pasando en el mundo, es que tú y yo somos responsables de ello. Lo digo porque cada vez que tenemos un pensamiento o una sensación negativa echamos en el atmósfera energía negativa y alguien la respira y ésta actúa sobre el individuo. ¿Cuál ha sido nuestra respuesta al mal del mundo? ¿Ha sido rabia, ha sido ansiedad, ha sido desaliento o miedo? Entonces estamos ayudando a perpetuar un clima negativo. Lo que necesitamos, nos diría Ignacio, lo que necesitamos, nos diría el camino oriental, es energía positiva. Así que cuando ves de nuevo las noticias en la tele o cuando oyes algo trágico, cuidado con tus pensamientos. Tu respuesta ha de ser amor y compasión. Tú quieres cambiar la situación. Cámbiala con amor. Cámbiala con compasión. Cámbiala con algún tipo de energía positiva. Y verás como la situación cambia, como todo cambia. El mundo cambiará. Sabes que en la carta a los Romanos Pablo dice: “through one man came sin and the whole of the human race suffered. And through one man, Jesus Christ, came life” y todos sacamos de allí. Esto es verdad para ti y para mí. A través de uno de nosotros el pecado se introdujo en el mundo. Si en nombre de la justicia, obtenemos venganza, es negativo. Necesitamos marchas de paz, necesitamos ideas de paz. Necesitamos izar banderas de paz cada vez que izamos nuestras banderas nacionales. Necesitamos pensamientos de compasión, de amor, de reconciliación y alcanzaremos lo mismo. De hecho, será mejor y más efectivo. La paz pues, no es una estación de la vida, es un estilo de vida.

Apertura, Disponibilidad y Generosidad

El tercer método que Ignacio nos da y el más global es tener apertura, disponibilidad y generosidad. Nos dice que nos abramos a Dios o que estemos abiertos a Dios, que nos hagamos disponibles a Dios y que respondamos generosamente a los movimientos de Dios. A través de su Autobiografía, Ignacio comparte con nosotros las veces en que se hizo disponible a Dios y comparte cómo se sintió urgido a responder a esas experiencias.

El 27 de Febrero de 1544 Ignacio hace esta muy profunda afirmación en su Diario Espiritual: “Y entrando en la capilla, en oración, un sentir, o más propiamente ver, fuera de las fuerzas naturales, a la santísima Trinidad y a Jesús, asimismo representándome o poniéndome, o seyendo medio junto con la santísima Trinidad.” Siguiendo el Magis, la Espiritualidad de Infinitas Posibilidades, Ignacio que era uno con el Hijo en La Storta ahora llega a ser uno con la Santísima Trinidad.

¿Puede ir más a fondo la relación de Ignacio con lo Divino? Sí, el 6 de marzo, en ese mismo diario, Ignacio comparte la experiencia de sentirse perdido en el ser mismo y esencia de Dios: “Sintiendo y viendo, no en oscuro, mas en lúcido y mucho lúcido, el mismo ser o esencia divina en figura esférica un poco mayor de lo que el sol parece.” El “sentir y ver” de Ignacio es una experiencia de profundísima y altísima contemplación. Ignacio “sintió y vio” no con su cabeza, ni tampoco con su corazón, sino a través de pura conciencia. *El estar perdido en el ser mismo y en la esencia de Dios* se convierte para Ignacio en una realidad expresada el 6 de Marzo de 1544. Ignacio murió en 1556. Y uno empieza a preguntarse a dónde le llevaron por fin estas infinitas posibilidades en su relación con lo Divino.

Espiritualidad como senda de vida

Ignacio no vino a empezar una religión; nos dio una senda de vida. Asimismo las religiones orientales no son religiones, son un camino de vida. El Hinduismo no es una religión. El Hinduismo es un camino de vida. Nuestro último ideal en nuestra experiencia de vida es descubrirnos personas con el ser y la esencia de lo Divino. Pero esto tiene tremendas consecuencias. Al reflexionar según esta forma oriental, me gusta que nos preguntemos: “¿Tengo una relación con Dios? ¿He visto alguna vez el rostro de Dios?

¿Dónde me encuentro en este camino hacia Dios? o ¿mi vida es pura religión?
¿Cómo sé si estoy viviendo una religión o si mi espiritualidad es un camino de vida, una senda para encontrarme con el ser y la esencia de lo Divino?

La religión es aquello que tiene un credo, un código, un culto y una comunidad. El credo es: "Yo creo en Dios, Padre, Hijo y Espíritu. Creo en la iglesia una, santa, católica." Esto es el credo. El código serían los mandamientos, la ética, la ley moral, etc. El culto es nuestro ritual y la comunidad nos distingue de otras comunidades. Una comunidad católica es distinta de la de los Episcopalianos. Y los Episcopalianos son distintos de los Católicos, de los Budistas y de los Hindúes. Todos estos componentes identifican y constituyen una religión.

El credo de Ignacio es sencillo. Su credo está en el ser y en la esencia de Dios ¿Cuál es su código? El único código que nos da está en las Constituciones No. 134 y es la ley de la caridad o la ley del amor o compasión que el Espíritu Santo graba en el corazón de cada individuo. En su Autobiografía Ignacio nos revela su código cuando dice que: "... Si no hubiese Escritura que nos enseñase estas cosas de la fe, él se determinaría a morir por ellas, solamente por lo que ha visto" (Aut. 29). Su experiencia personal de Dios fue su código absoluto. Seguir al Espíritu. Seguir lo que el Espíritu nos dice. Claro que esto puede ser peligroso. Jesús siguió lo que el Espíritu le dijo y ¿qué le ocurrió? Lo crucificaron. Si seguimos al Espíritu, seremos crucificados. No serán nuestros enemigos quienes nos crucifiquen. Nos crucificará la gente a la que más queremos, la más cercana. La gente que nos importa, ésta es la que nos crucificará si seguimos la ley del Espíritu grabada en el corazón de cada uno de nosotros.

¿Qué pasa con el culto? Ignacio no quiere que tengamos liturgias solemnes. La liturgia jesuítica debe ser sencilla y estar hecha con devoción. No es que a Ignacio no le gustasen las liturgias solemnes, le encantaban, pero dijo a los jesuitas que si querían ese tipo de liturgia, fueran a otras iglesias especializadas en liturgias solemnes, porque es su carisma. Para nosotros, el culto será sencillo. Es conocida la definición de una buena liturgia jesuita: aquella en la que nadie se siente herido. Ignacio no tiene mucha idea sobre el culto.

¿Y sobre la comunidad? Ignacio no quiso que tuviéramos comunidad. De hecho, los jesuitas nos juntamos sólo para salir, para dispersarnos, para ser enviados. Ignacio quiso que tuviésemos comunión no comunidad. A veces cuanto más vida de comunidad tenemos, menos experiencia de comunión existe entre nosotros. Lo mismo pasa en las

familias. A veces cuanto más vida familiar tenemos, menos comunión tenemos unos con otros. Ignacio no quiso, de forma específica, que tuviésemos comunidad. Ignacio quiso que sus seguidores tuvieran relación profunda uno con el otro, haciendo de todos la experiencia de cada uno. La espiritualidad ignaciana no está allí para empezar otra religión, sino que la espiritualidad ignaciana tiene que ver con mi relación con Dios.

Religión y Relación

Me gusta distinguir entre caridad y compasión y ver la diferencia que existe entre vivir una religión y vivir una relación con Dios. La virtud teologal de la caridad y de la compasión es la misma, pero para ver la diferencia entre las dos, me gusta hacer la siguiente distinción: si mi vida está basada en la caridad, decidiré cuáles son las personas a las que ayudaré, por cuánto tiempo y el precio que estoy dispuesto a pagar. Así que ayudaré a unas personas y no a otras. Ofreceré generosamente mi tiempo durante tantos años, y no más. Y el precio que pago es éste y no aquel. La compasión se da cuando estoy sumergido en la situación; cuando no selecciono a las personas; ni mido el tiempo que voy a pasar con ellas, ni el precio que voy a pagar.

He aquí un ejemplo de caridad: en el último día cuando Jesús dice: “Tuve hambre y me diste de comer,” y sacudimos la cabeza y decimos que nos acordamos de todos los talones enviados a centros para refugiados, para sin techo, y la comida que di, y las horas pasadas en comedores trabajando, etc. etc. etc. “Tuve sed y me diste de beber,” y decimos: “Pues, sí, aquí tengo a mi contable y él puede decir el mucho dinero que di a los necesitados” y de repente oímos a Jesús que dice: “No estoy hablando de ti, estoy hablando de los que dicen: “¿Cuándo te vi hambriento y te di de comer? ¿Cuándo estuviste necesitado y cuándo hicimos esto?” Estas son las personas que practican la compasión.

Joseph Campbell nos da un ejemplo de compasión al contarnos la historia de algo ocurrido en Bali. Aparentemente Bali es un lugar donde la gente de todo el mundo va a experimentar la fuerza del viento. Pero en ese mismo lugar, hay personas que se suicidan. Una vez había un hombre que se iba a suicidar, cuando pasó por allí un coche de la policía. El policía, que no llevaba el coche, saltó fuera y agarró al hombre a punto de matarse. Si no hubiera sido por su colega que lo agarró y lo salvó, el policía se hubiese muerto, al tratar de evitar que el hombre se suicidara.

Como es natural, los medios de comunicación empezaron a entrevistarle inmediatamente preguntándole: “¿Por qué se ha preocupado de ese hombre, a lo mejor es un criminal y de todos modos alguien que había decidido poner fin a su vida?” Y su respuesta fue: “Si lo hubiera dejado morir, yo no hubiera sido capaz de vivir un día más de mi vida. ¿Por qué? Porque ese hombre es parte de mí.” Y luego añadió: “Mientras estaba agarrando a ese hombre, no estaba pensando en mi vida que me importa mucho. No estaba pensando en mis dos hijos que lo son todo para mí. Y menos aún en mi carrera de policía. Lo único en que estaba pensando fue que si dejaba que ese hombre se matara, yo no iba a ser capaz de vivir un día más.”

Cuando uno está sumergido en la situación y no se tiene el control sobre las personas, cuando no se sabe por cuánto tiempo vamos a estar en la situación y el precio que hay que pagar, entonces se tiene una experiencia de compasión. Es lo mismo que cuando uno se enamora. La compasión llega automáticamente y uno se encuentra mirando el mundo de forma diversa. Uno tiende la mano con cariño a la gente que más le irrita. Se es más comprensivo. En la compasión, uno se enamora del ser y de la esencia de Dios. La disponibilidad en dejarse atraer a una situación de compasión, consecuencia del enamorarse y devenir uno con el ser y la esencia misma de Dios. Cuando se es uno con el ser y la esencia de Dios, entonces hay conexión con el resto de la humanidad. Por ello, al igual que Ignacio y el camino oriental, no experimentamos dualismo.

El no dualismo es no uno pero no dos. Consideremos la historia de la muñeca de sal, que andaba a orillas del mar y mirando al océano preguntó: “¿Quién eres?”. Y llegó una ola y deshizo los pies de la muñeca. Poco a poco la muñeca desapareció en las olas del océano. Cuando estuvo totalmente perdida en el océano, la muñeca de sal se dio cuenta de qué estaba hecho el océano y de quién era ella. En esto consiste el ser atraído al ser y a la esencia, ésta es la espiritualidad ignaciana.

Hacia el ideal ignaciano

El ideal ignaciano consiste en dejarse arrebatar por Dios, en perderse en Dios, y sólo entonces darme cuenta de quién es Dios y de quién soy yo. Yo no soy este cuerpo. Este cuerpo cambia cada año. Este es el modelo de 2007, el 2006 se fue. Yo no soy mis sentimientos porque mis sentimientos

siguen cambiando. Yo no soy mi trabajo porque un día dejaré de ser capaz de trabajar. Quien 'yo soy' va más allá de mi cuerpo, más allá de mis sentimientos, más allá de mi pensamiento, más allá de mi trabajo. Yo soy.

El Dios de Ignacio es el Dios que se ha revelado a Moisés. El Dios que dijo "YO SOY". Así que Dios es y yo soy. La sal encontró su identidad en el océano, cuando se volvió parte del océano, cuando el agua salada no era uno, pero tampoco dos. Fue entonces cuando descubrió su identidad y descubrió quien era el océano. Cuando me descubra en Dios, experimentaré quien es Dios y me descubriré que soy. Es la única manera de descubrir mi identidad. Ahora, cuando descubro mi identidad en Dios, hay una interconexión entre tu y yo, el resto de la humanidad y toda la creación. Así que todo lo que me ocurre te afectará también a ti y afectará al resto del mundo. Y cuando descubro mi identidad en Dios, entonces, no hay ni hombre ni mujer, ni judío, ni gentil, ni esclavo ni libre (Gál. 3,28).

Quiero hacer una prueba antes de pasar a otra cosa. Se trata de descubrir si tenemos una relación con Dios en nuestra vida o si nuestra vida está basada en la religión. Imaginémonos que estamos en el Titanic: el barco está a punto de hundirse y tú estas en un bote salvavidas, seguro y a salvo. A tu alrededor nadando en el agua, hay unos niños que piden ayuda. ¿Ves esas caritas preciosas? Si no los salvas, se van a ahogar y van a morir. Y un poco más allá están tus seres queridos, tus padres, tus hermanos y hermanas, tus hijos y tu mejor amigo/a. Si no los salvas, ellos también se van a ahogar y van a morir. Pero no puedes salvar a todos.

No quiero una respuesta, pero ¿a quién salvarías? ¿Salvarías a los niños viendo morir a tus seres queridos o dejarías que los niños muriesen y tratarías de salvar a tus seres queridos? Si salvas a los niños, estás del lado de la compasión. Si vas a buscar a tus padres y a tus seres queridos, entonces esto es caridad. ¿Es bueno? Es muy bueno, y actos de caridad pueden llevar a actos de compasión. Pero el ideal ignaciano y el ideal o la meta del camino oriental es vivir ejerciendo la compasión. Y la compasión se tiene cuando nos sentimos conectados con el resto de la humanidad. Salvar a los niños es tan bueno como salvar a mis seres queridos.

La experiencia y la meta de la espiritualidad ignaciana consisten primero en ser uno con el ser mismo y la esencia de Dios, encontrar mi identidad en Dios y a través de esa experiencia, vivir la compasión. La caridad es algo bueno, pero hay que aspirar al ideal y el ideal es la compasión. La caridad es algo bueno, pero la compasión es una indicación de tu relación con Dios, por lo menos con el Dios ignaciano, el Dios oriental.

Alcanzamos la compasión a través del *CIT*. En *SAT CIT ANAND*, *SAT* es nuestra experiencia de la verdad, del ser y de la esencia de Dios y en esa experiencia somos llevados al *CIT*, 'pura conciencia.' Esta pura conciencia se encuentra, en la espiritualidad ignaciana, en el ejercicio de la Aplicación de los Sentidos. Debemos hacer de la Aplicación Ignaciana de los Sentidos un estilo de vida. ¿Cómo se hace? En Oriente, damos culto a la cobra, a la serpiente. Pero además de rendirle culto, no le permitimos que duerma. Despertamos a la cobra. La Aplicación de los Sentidos es estar en el momento, cuando uno está en presencia de la cobra erguida, dispuesta a atacar. En ese momento uno está totalmente despierto, totalmente vivo, y todos los sentidos están alerta. Consiste en estar totalmente presente al misterio hasta hacer que tú y el misterio sean uno. Estando totalmente presentes en el momento, vivimos en el tiempo eterno porque ese momento forma parte de todo momento desde el comienzo del tiempo, ese momento forma parte de todo momento hasta el final del tiempo. Ese momento es eternidad.

Cuando se está en presencia de una cobra erguida, uno deja de ser 'mi' y se convierte totalmente en 'yo'. El 'yo' es la imagen y semejanza de Dios, el soplo bueno y estupendo de Dios. Cuando se está en presencia de una cobra erguida, uno no está pensando en sus propios pecados. No está pensando en lo que no ha hecho bien, ni en las cosas estupendas que uno ha hecho en su vida. Uno es uno mismo del todo y a fondo, el 'yo', porque si no está totalmente presente aquí y ahora, si se piensa en el pasado o en el futuro, la cobra te va a matar. La aplicación de los sentidos o *CIT*, pura conciencia, quiere decir vivir a fondo y totalmente en el momento presente. Si uno empieza a pensar '¡Ojalá estuviera en otro sitio,' la cobra te va a matar. Estar totalmente aquí quiere decir estar doquiera, en todas partes, porque esta silla sobre la cual estás sentado y la tierra que tus pie están tocando forman parte del doquiera. Estar totalmente aquí, totalmente ahora, totalmente 'yo' es el *CIT*, la pura conciencia. Este es el camino ignaciano para vivir la vida y éste es el camino oriental para vivir la plenitud de vida.

Como dice la filósofa francesa Simone Weil: "La oración es una atención absolutamente pura, sin mezcla". La atención total no se da necesariamente en el tiempo de la oración tradicional o religiosa, sino especialmente en la actividad secular y mundana. Ignacio no dejaba que los jóvenes jesuitas durante el tiempo de formación se apartasen para la oración. De hecho quería que los jóvenes jesuitas renunciasen a la penitencia y a otros ministerios espirituales mientras estuvieran estudiando:

“persuadiéndose no poder hacer cosa más grata a Dios nuestro Señor ...que estudiar con la intención dicha;...el mismo trabajo de estudiar ...sea obra muy meritoria ante la Divina y suma Majestad”(Const.361).

Madre Teresa tradujo esto para los sacerdotes. Dijo: “Cuando celebréis la Eucaristía, celebradla como si fuera la primera vez, la última vez y como si fuera la única Eucaristía que vais a celebrar.” Los jesuitas no entienden fácilmente esta analogía, por esto yo les digo: “Cuando vas a comer, hazlo como si fuera por primera vez, por última vez y la única vez. Disfruta de la comida. Gústala, saboréala, paladéala, gózala, así que cuando estés comiendo, come”. Una vez en Bombay hubo un joven japonés que llegó a un convento a la hora de la comida y las hermanas prepararon un delicioso postre. Algo excepcional. Entonces el joven dijo: “En toda mi vida no he gustado un postre tan bueno. Ha sido estupendo.” ¿Qué hicieron las monjas? Le trajeron más. Y él dijo: “No, porque no he acabado de gustar, de paladear, de disfrutar de ese postre. El estaba totalmente allí, totalmente ahora, comiendo y presente a ese postre.

Cuando se hace algo de buena gana, no se está apegado a ello. Cuando se saborea realmente algo, no se necesita más. Uno se siente libre cuando gusta y goza de la gente, lugares y cosas. Cuando soy totalmente ‘yo’ totalmente ahora, totalmente aquí, se disfruta de esto hasta el final y entonces es posible desprenderse y aquello no se añora. Cuando estoy de lleno con mis padres, gozo de su presencia, disfruto a tope, y cuando llega el momento de la muerte, por supuesto que es doloroso, pero no los echo en falta porque he gozado de ellos. Lo mismo ocurre con los amigos o con un trabajo y es lo mismo con las cosas materiales. Nos apegamos a nuestras cosas materiales porque no las hemos disfrutado. Si las hubiésemos disfrutado, seríamos libres para querer que alguien más las disfrute. Por lo tanto, estamos apegados a personas, lugares y cosas de las que no disfrutamos a fondo. Una manera de superar nuestros apegos es aprender a apreciarlos y gozarlos.

En *SAT CIT ANAND*, *ANAND* hay dicha, al haber experimentado el ser en esencia en pura conciencia, enamorarse de lo Divino en todas las criaturas y de todas ellas en El. Ignacio quiere que hagamos de nuestra espiritualidad una senda de vida “... viene la anima a inflamarse en amor de su Criador y Señor ... cuando ninguna cosa criada sobre la haz de la tierra puede amar en sí, sino en el Criador de todas ellas” (EE 316). La energía que viene del universo nos enseñará a distinguir el 1% de la realidad que es físico y el 99% que es espiritual. La única forma de poder relacionarnos con

los demás es conectando con su 99% espiritual, así si esas personas dejaran de estar a nuestro lado, seguirían estando presentes en nosotros de una forma muy real.

Ignacio quiere que sus seguidores busquen y experimenten a Dios en todas las cosas y reconoce esta posibilidad mediante el poder del 99% de lo espiritual en nuestras vidas. Ignacio creía que los métodos y las experiencias espirituales de su vida podrían vivirse y experimentarse en la vida de cualquier ser humano, porque la conciencia mística y la fusión conciente con lo Divino es una gracia ofrecida a todos. Cualquiera que desee una relación viva con Dios, y que se ponga a disposición de una experiencia y revelación de Dios, encontrará esta verdadera identificación con Dios. Por este camino, la primera ayuda que Ignacio nos da es la llamada a tener y guardar nuestra recta intención, es decir, vivir sencilla y totalmente *por* Dios. Al crecer en nuestra relación con Dios empezamos a vivir *con* Dios hasta que nos encontremos *en* el Ser mismo y en la Esencia de Dios.

Quisiera concluir con la pregunta que debemos plantearnos al final de cada día, después de cada retiro, al final de cada año, ¿Cuán grande es tu Dios? ¿Es tu Dios el mismo que conociste cuando eras un niño? Tu Dios, ¿ha crecido desde que tú fuiste un adolescente? ¿Tu relación con Dios ha crecido en intimidad desde tu anterior examen de conciencia? En la medida en que tu relación con Dios siga creciendo tú crecerás en tu propia imagen y confianza y tu oración será el Magnificat de María: Mi alma glorifica al Señor. Se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador, porque ha mirado la pequeñez de su esclava. Desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada porque grandes cosas hizo por mí el Señor y santo es su nombre.